



## “Libertad y Responsabilidad – Prosperidad Sostenible a Través de una Óptica de Capacidades”<sup>1</sup>

Ingrid Robeyns<sup>2</sup>

¿Estamos en libertad de vivir nuestras vidas completamente como lo deseamos? ¿O hay limitaciones que debemos tener en cuenta ya que queremos evitar dañar a los demás y respetar los principios de la justicia ecológica? ¿Y son los estilos de vida que abarcan los principios básicos de la justicia ecológica siempre aburridos y simples, donde muchas cosas agradables están fuera del alcance y, por tanto, conllevan un retroceso en nuestra calidad de vida? ¿O existe la posibilidad de vivir vidas que sean al mismo tiempo sostenibles y justas, y que también nos permitan ser felices y florecientes?

Este conjunto de preguntas es uno de los más centrales en la tarea de pensar sobre la prosperidad sostenible. Para la mente de muchas personas, existe una compensación inevitable entre vivir sostenible ecológicamente por un lado y vivir con niveles más altos de bienestar por el otro. Si esa compensación es real, entonces aquellos que se esfuerzan por un futuro más sostenible se enfrentan a una tarea cuesta arriba, ya que la sostenibilidad ecológica solo será posible al reducir el bienestar de las personas, algo que la mayoría de las personas hasta ahora no han estado dispuestas a hacer. Pero, ¿es esta compensación real o es espuria? ¿Es posible llevar buenas vidas que sean simultáneamente justas y ecológicamente sostenibles?

Esa es la pregunta que intento responder en este ensayo. Argumentaré que es posible vivir una buena vida que también sea justa y ecológicamente sostenible, si entendemos el bienestar y el florecimiento humano en términos de capacidades humanas (al tiempo que damos más peso a las capacidades no materiales), y si estamos dispuestos a tomar las medidas necesarias para cambiar nuestro comportamiento e instituciones para superar la desconexión moral con nuestros estilos de vida actuales, que son injustos y ecológicamente insostenibles.

El argumento es el siguiente: según el enfoque de la capacidad, la buena vida no se trata de tener un conjunto de bienes de consumo, sino de tener acceso a un conjunto de capacidades valiosas, que son libertades para realizar actividades valiosas (por ejemplo, tener un trabajo decente, poder involucrarse en política, pasar tiempo en una naturaleza virgen) o libertades para disfrutar de ciertos estados de ser (estar sano, ser respetado por su afiliación religiosa u orientación sexual, poder vivir en una familia amorosa y disfrutar del apoyo de una red social. Algunas capacidades están estrechamente relacionadas con lo que normalmente entendemos como el nivel de vida de una persona, por ejemplo tener comida, ropa y refugio lo suficientemente buenos;

<sup>1</sup> Publicado originalmente en versión inglesa por el Centre for the Understanding of Sustainable Prosperity (CUSP) en mayo de 2017. Versión en Español de La Alianza Global Jus Semper, Marzo de 2020.

<sup>2</sup> Ingrid Robeyns es profesora de ética de instituciones en la Universidad de Utrecht. Es presidenta de la Cámara de Ética / Filosofía Práctica de la Escuela Holandesa de Investigación de Filosofía (OZSW). Hasta principios de 2014 fue profesora de filosofía práctica en la Universidad Erasmus de Rotterdam y directora de la OZSW.

otro ejemplo es la movilidad, es decir, el acceso a los medios de transporte. Pero otras capacidades tienen que ver con nuestras interacciones sociales y las dimensiones no materiales de nuestra calidad de vida, como si estamos activos e involucrados en nuestro barrio, una iglesia o una organización voluntaria y cuánto tiempo pasamos con amigos y familiares. Si cambiamos la forma en que estamos pensando en el bienestar hacia esas capacidades no materiales y si pensamos en cómo podemos realizar las mismas capacidades con huellas ecológicas más pequeñas, entonces aún podemos disfrutar de niveles iguales o incluso más altos de bienestar, mientras ejercemos menos presión sobre los recursos ecológicos y los ecosistemas.

Pero antes de describir la oportunidad que ofrece el enfoque de capacidades para ayudarnos a pensar en vidas que sean buenas, justas y sostenibles, primero debemos considerar cómo las sociedades actualmente enmarcan las discusiones sobre los estilos de vida y por qué nuestros estilos de vida inevitablemente invocan cuestiones de justicia.

### ***La Libertad y el Principio del Daño***

Las sociedades liberales modernas están organizadas en torno al principio de que los ciudadanos deberían poder disfrutar de la libertad de decidir cómo vivir sus propias vidas. Desde luego hay algunas reglas colectivas que debemos respetar para que la convivencia sea posible y pacífica. Por ejemplo, mientras las leyes sean justas, debemos respetar la ley. O no debemos causar daño a una persona o dañar los intereses a los que tiene derecho, como su propiedad legítimamente adquirida. El "principio de daño", que establece que nuestras libertades pueden estar restringidas sólo cuando causamos daño a otros, se remonta al menos a John Stuart Mill y ha sido ampliamente aceptado por las democracias liberales. También implicaría que no tratemos a los demás injustamente, v. gr. discriminando a los miembros de algunos grupos. Estas son restricciones que aceptamos en nuestra propia toma de decisiones; pero la opinión general es que incluso dentro de esas limitaciones, todavía hay una gran variedad de elecciones que las personas pueden tomar por sí mismas y donde otros no deberían interferir.

Nuestro estilo de vida es una de esas cosas que generalmente se considera una cuestión de elección privada. La elección de tu profesión; si eres propietario de una casa grande con bajo consumo de energía o si tratas de hacer que tu casa sea neutral en energía; si eres vegano, o comes carne; qué medios de transporte utilizas; ya sea que vayas de vacaciones en avión o en tren, esas cosas generalmente se toman como una cuestión de elección privada que no es asunto de otras personas. Siempre que se pueda y se esté dispuesto a pagar el costo de una elección de estilo de vida en particular, y siempre que no perjudique a otra persona, se debe ser libre de seguir sus propios planes.

Desafortunadamente, esta visión estándar de sentido común sólo es sostenible si apreciamos plenamente cuánto daño estamos infligiendo no intencionalmente a otros al vivir nuestras vidas de la manera en que lo hacemos actualmente. Por ello, la visión estándar de sentido común de que podemos tomar nuestras propias decisiones de forma totalmente individual no es aplicable en la mayoría de los casos que se refieren al uso de recursos ecológicos. Nuestros estilos de vida son y deberían ser una cuestión de interés colectivo, y no deberíamos ser completamente libres para seguir nuestras vidas como lo deseamos. La razón de esta afirmación moral es la siguiente. Tomemos el estilo de vida promedio de una persona que vive en Europa, EUA, Canadá u otro país rico post-industrializado ("países ricos", para abreviar). Esos estilos de vida se

basan en una apropiación excesiva de los recursos naturales y los servicios del ecosistema. Por ejemplo, estamos agotando el suministro de una gama de minerales, y estamos sobre utilizando la capacidad de la atmósfera para absorber gases de efecto invernadero. También estamos disminuyendo drásticamente la biodiversidad de la Tierra, al actuar de manera que conduce a la extinción de algunas especies animales. Estos son hechos bien conocidos. Sin embargo, lo que es mucho menos reconocido es que estas acciones no son sólo simplemente desafortunadas, tristes o malas, sino que estas acciones son injustas.

### ***Tomando Más de lo Justo***

Existe abundante literatura en ética filosófica que argumenta por qué este es el caso; permítanme centrarme en una línea de argumentación para mostrar por qué los estilos de vida promedio en los países ricos son injustos, que consiste en que las personas acomodadas están tomando más de lo que les corresponde de los recursos naturales escasos. Sólo 3 hay un planeta y no hay una razón clara por la cual alguien debería tener derecho a una mayor parte de los recursos naturales que los demás. Los recursos naturales de la Tierra y los valiosos ecosistemas (como los océanos llenos de peces y la atmósfera que pueden absorber nuestros gases de efecto invernadero) son un "bien común" ambiental: pertenecen a todos los seres humanos en común y, por tanto, el acceso a este común y el uso de los servicios que ofrece a la especie humana deben ser compartidos. Nadie ha hecho nada especial que les otorgue el derecho a los recursos naturales de la Tierra (ninguno de nosotros ha creado la Tierra, por ejemplo, o podría plantear un reclamo basado en el 'esfuerzo' o el 'abandono' cuando se trata de emisiones de gases de efecto invernadero). Sin embargo, todos tenemos un interés vital en poder usar esos bienes ambientales comunes, ya que son necesarios para la producción de muchos recursos materiales que pueden mejorar drásticamente nuestra calidad de vida, como la electricidad, las casas, las carreteras, los alimentos y muchos, muchos más. Por lo tanto, todas las personas actualmente vivas, así como las personas que estarán vivas en el futuro, tienen prima facie un derecho moral igual a usar esos recursos naturales.

Esta debería ser la posición predeterminada: es sólo cuando un individuo o grupo puede demostrar de manera convincente que necesita más recursos naturales para llevar la misma calidad de vida, y que esta necesidad de recursos naturales adicionales es algo por lo que no se puede responsabilizar, que uno podría considerar la opinión de que algunas personas o algunos grupos deberían tener derecho a más recursos naturales que otros. Esta regla predeterminada requiere más discusión, ya que probablemente habrá desacuerdos sobre lo que cuenta como una excepción a la regla. Por el momento, ponemos en paréntesis el debate sobre cuáles son las excepciones a la regla del derecho igualitario a los recursos naturales para primero continuar con el esquema general del análisis de nuestra pregunta principal. Los recursos naturales son escasos, y esta escasez se intensificará en las próximas décadas debido al crecimiento de la población mundial, y también porque sacar a los pobres del mundo de la pobreza requerirá más productos que aumentarán casi inevitablemente su uso de los recursos naturales. En este momento, los pobres del mundo están emitiendo cantidades muy bajas de gases de efecto invernadero, simplemente porque no tienen acceso a la electricidad, no pueden permitirse comer carne y no tienen acceso a automóviles, trenes y mucho menos aviones. Lo mismo ocurre con los servicios de los ecosistemas, como los peces que nos proporcionan los océanos o la capacidad de la atmósfera para absorber nuestras emisiones de gases de efecto invernadero. Allí, también, la escasez aumenta porque estamos utilizando más de esos servicios de los ecosistemas que el ritmo al que esos ecosistemas pueden regenerarse.

Para que este uso excesivo de los recursos naturales sea evidente, hagamos esto más concreto calculando cuál sería esta participación igual para el caso de las emisiones de gases de efecto invernadero. El 'presupuesto de carbono' es la cantidad restante de emisiones de gases de efecto invernadero que se pueden realizar si no queremos que las emisiones acumuladas en la atmósfera den lugar a un aumento de la temperatura en la Tierra de más de 2 grados Celsius, lo que comúnmente se acuerda que sea el límite superior por encima del cual existe un riesgo significativo de una forma peligrosa de cambio climático. Según los cálculos de Lucas Chancel y Thomas Piketty, si dividimos ese presupuesto de carbono entre todas las personas que estarán vivas entre ahora y 2100, cada uno tiene el derecho anual de emitir emisiones equivalentes de CO<sub>2</sub> de 1.2 toneladas como máximo. Actualmente, los habitantes de América del Norte emiten en promedio 20 toneladas; en Europa 9 ton. Una persona que pertenece a los 2 mil millones de pobres mundiales emite considerablemente menos de 1 tonelada. Por lo tanto, los habitantes de los países ricos están emitiendo masivamente más gases de efecto invernadero de lo que podríamos considerar que es su "parte justa". Esto es causado por nuestros estilos de vida: nuestro consumo de energía, el uso de aviones, todo el material que compramos, nuestro consumo de carne y alimentos que llegan desde muy lejos, y así sucesivamente. Por lo tanto, los estilos de vida que se basan en una gran parte de los recursos naturales son injustos hacia aquellos otros humanos (que viven ahora o lo harán en el futuro) que desean y necesitan su parte justa de los recursos naturales.

### ***Negar Nuestras Responsabilidades***

Para la mayoría de nosotros, la afirmación de que estamos tomando más de lo que nos corresponde es una conclusión que no estamos dispuestos a aceptar. Esta negación puede explicarse con varios mecanismos.

El primer mecanismo es nuestra visión de sentido común de lo que significa causar daño. Tendemos a creer que si no dañamos directa y visiblemente a otra persona (por ejemplo, asalto, robo), y si compensamos los daños no intencionales (por ejemplo, accidentes de tránsito), no tenemos la obligación moral de adaptar nuestras acciones y estilos de vida. Los argumentos anteriores, que estamos tomando una parte injusta, chocan con nuestra propia imagen como ciudadanos responsables, trabajadores y honestos que no están involucrados en estilos de vida injustos y la perpetuación de injusticias. Además, es difícil para nosotros ver que uno podría hacer daño a otros sin tener ninguna intención de hacerlo. Dado que ninguno de nosotros tiene la intención de causar daño, la idea de que en realidad lo estamos haciendo es muy inverosímil, tal vez incluso insultante.

El segundo mecanismo es que nos damos cuenta rápidamente de que, si aceptamos el razonamiento anterior, tendremos que cambiar drásticamente nuestros estilos de vida, y no estamos dispuestos a renunciar a nuestros hábitos actuales, especialmente a los lujos que disfrutamos. Entonces, empleamos directamente mecanismos psicológicos para negar que haya un problema de responsabilidad moral operando aquí; incluso nos negamos a comprometernos seriamente con la pregunta, o de lo contrario hacemos algunos ajustes menores y nos damos palmaditas en la espalda.

Un tercer mecanismo que explica por qué negamos nuestras responsabilidades es la falta de conocimiento básico. Muchos ciudadanos, especialmente en áreas donde poblaciones enteras sólo ven canales de noticias que difunden información falsa y tienen prejuicios capitalistas en pro de la no regulación, están siendo ayudados a negar los hechos básicos, los cuales han sido estudiados en minucioso detalle por, por ejemplo, el Panel Internacional sobre Cambio Climático (IPCC). También hay una tendencia a saber menos de esas

cosas que uno no ha visto o experimentado, y gran parte de los daños causados por estilos de vida ecológicamente insostenibles no son visibles a simple vista.

Un cuarto mecanismo es la desconexión moral, que es un proceso por el cual las personas reconstruyen su evaluación normativa de los efectos injustos y dañinos de sus estilos de vida ecológicamente insostenibles para evadir su responsabilidad moral. Entonces, podemos decir que no tiene sentido viajar de Utrecht a Londres en tren (que es más largo y más caro que volar), porque el avión volará de todos modos y, por lo tanto, los gases de efecto invernadero se emitirán de todos modos, independientemente de cómo elijamos viajar. Como individuos, nos decimos que no podemos hacer ningún cambio significativo. O podemos decirnos que seguramente la ciencia encontrará una solución para el almacenamiento de carbono antes de que hayamos agotado el presupuesto de carbono restante, y que, por lo tanto, no deberíamos preocuparnos por conducir nuestro automóvil. O podríamos decirnos que sólo tenemos el deber de revertir nuestro impacto ecológico si otros también lo hacen, y dado que otros no lo hacen, tampoco tenemos que hacerlo. O podríamos decirnos que sólo los gobiernos tienen el poder de hacer un cambio efectivo, por lo que no deberíamos sentirnos moralmente obligados a tomar medidas mientras nuestros gobiernos no estén implementando una legislación que coaccione o nos incentive fuertemente a hacerlo.

El resultado de estos mecanismos es que continuamos llevando vidas masivas que son ecológicamente insostenibles. No estamos dispuestos a cambiar nuestro estilo de vida porque nos gusta la carne y no nos gustan las lentejas; o porque disfrutamos de nuestras vacaciones en el Caribe y no queremos cambiarlas por destinos de vacaciones a los que se pueda llegar en tren; o porque no queremos ahorrar el dinero necesario para aislar nuestra casa o poner paneles solares en el techo. En otras palabras, muchos de nosotros no estamos dispuestos a hacer que nuestro estilo de vida sea sostenible, ya que reduciría nuestro nivel de vida. Esto no quiere decir que para una sección importante de la población, no hay margen en su presupuesto para hacer cambios en sus estilos de vida que requieran inversiones, como comprar un automóvil eléctrico en lugar de un automóvil de segunda mano que funcione con combustible fósil; o no hay margen para invertir en paneles solares. Sin embargo, algunos tipos de consumo que dañan la ecología, como comer carne o volar, ya no son sólo hábitos de los que están económicamente acomodados, sino que se han convertido en elementos de los estilos de vida que se han convertido en la norma de grandes sectores de la población en las sociedades ricas. ¿Qué debemos pensar de esto? ¿Cómo podemos cambiar nuestro comportamiento para salvaguardar las cualidades ecológicas de la Tierra para las generaciones futuras y dejar de tomar más de lo que nos corresponde y violar los derechos humanos de los demás? ¿Hay alguna manera de motivarnos a cambiar nuestros estilos de vida para que sean ecológicamente sostenibles, y puede hacerse de una manera sin sacrificar otros valores importantes como nuestras libertades básicas, y de una manera que no disminuya nuestra calidad de vida?

### ***¿Por Qué es de Poca Utilidad Machacar Sobre la Verdad Moral?***

Aunque la literatura filosófica sobre ética climática y justicia ambiental respalda abrumadoramente el análisis de que nuestros estilos de vida ecológicamente insostenibles actuales son moralmente inadmisibles, no se deduce que martillar esa verdad moral conducirá a los cambios necesarios. Los filósofos que explican por qué creen que es cierto que nuestros estilos de vida ecológicos insostenibles actuales son injustos y que violan los derechos humanos, es poco probable que cambien los estilos de vida de muchas personas. Para permitir que las personas cambien sus estilos de vida, como para avanzar hacia una calidad de vida más sostenible, deben estar motivadas, deben tener esperanzas, deben ser seducidas o invitadas juguetonamente

a cambiar sus hábitos. Discutir en un lenguaje explícitamente normativo, utilizando un lenguaje de justicia y obligaciones, a menudo tiende a alienar a grandes grupos de personas, en lugar de motivarlos a tomar medidas en la dirección correcta. La filosofía a este respecto puede ser de ayuda limitada, ya que gran parte de la filosofía académica trata de descubrir qué debemos creer y qué verdades (si es que las hay), pero a menudo no dice nada sobre lo que debe seguir en términos de cambio de comportamiento o institucional.

Por ejemplo, es poco probable que una agencia gubernamental que simplemente transmite a las personas que comer carne es equivalente a un uso masivo de agua y emisiones de gases de efecto invernadero, cambie significativamente sus hábitos alimenticios. Sin embargo, el gobierno tiene importantes palancas a su disposición, especialmente en el área de impuestos (para internalizar las externalidades ecológicas negativas). Sin embargo, algunos de ellos sólo se pueden hacer de manera efectiva a nivel internacional, como poner fin a los subsidios injustos y perjudiciales (directos e indirectos) que disfruta la industria de los combustibles fósiles, lo que es un freno significativo en la transición energética.

Otro factor importante es que las propuestas para un cambio efectivo deben basarse en la comprensión de las personas como seres sociales y morales. Es más probable que cambiemos nuestro comportamiento si actuamos en grupos o si percibimos que otros aprueban o desaprueban nuestro comportamiento. Las normas sociales son un mecanismo muy importante que dirige el comportamiento humano. Las normas sociales son expectativas que nos imponemos mutuamente, por lo que la violación de esa norma conduce a fuertes formas de desaprobación; esto desencadena vergüenza y otras formas de emociones desagradables en la persona que viola las normas, lo que explica por qué la mayoría de las personas se adhieren a las normas sociales. Muchas formas de comportamiento ecológicamente insostenible actualmente no están sujetas a las normas sociales. No existe una desaprobación social generalizada del consumo de carne, el uso excesivo de automóviles (o automóviles con alto consumo de combustible) o el vuelo en avión. Consideramos que la inversión de una familia en paneles solares en el techo de su casa es una decisión privada, no una decisión que nos afecta a todos. Pero las normas pueden cambiar. Tomemos las actitudes públicas hacia la conveniencia de la comida vegetariana. En el pasado reciente, las personas que solicitaban comidas vegetarianas (y mucho menos veganas) a menudo se veían como "extrañas" o "excéntricas". Todavía hay lugares públicos donde las comidas vegetarianas no están disponibles, pero las actitudes sociales hacia el vegetarianismo y el veganismo están cambiando drásticamente. Es muy posible que unas pocas generaciones más adelante se encuentre asombroso que nuestras generaciones sintieran que comer carne no era éticamente problemático, al igual que, tal vez, unas pocas generaciones antes que nosotros pensamos que estaba bien que los padres fumaran en una habitación donde los niños estuvieran presentes, o incluso maestros fumando en clase.

Entonces, ¿cuál es el resultado? Nuestro comportamiento es en muchos sentidos más receptivo a los sistemas de recompensa y castigo, y las expectativas y prácticas sociales, que al razonamiento. Por supuesto, para que la creación de ciertos incentivos se justifique, debemos tener una explicación plausible de por qué es moralmente correcto tratar de dirigir nuestro comportamiento en una determinada dirección. La filosofía moral puede ayudarnos a responder esa pregunta, por ejemplo, ayudándonos a pensar en la pregunta qué implica la equidad y la justicia, o introduciendo estándares morales básicos como los derechos humanos. Ese es el primer papel que puede desempeñar la filosofía moral en la transición hacia estilos de vida sostenibles.

### ***Cambiando Nuestra Noción de Prosperidad***

Sin embargo, hay un segundo papel para la filosofía al responder el conjunto de preguntas que se plantearon al comienzo de este ensayo. En el equilibrio que estamos haciendo entre vivir vidas más ecológicamente sostenibles y no reducir los niveles de bienestar, estamos utilizando un conjunto implícito de nociones sobre el bienestar, la calidad de vida, el bienestar y el nivel de vida. Si somos más claros en cómo entendemos estos conceptos, y qué interpretación o especificación damos a esos conceptos (esto es lo que los filósofos llaman deletrear las concepciones), entonces podemos revisar la supuesta compensación, lo que nos hace tan resistentes para cambiar nuestros estilos de vida en una dirección más sostenible ecológicamente.

Usemos el siguiente conjunto de distinciones: el nivel de vida se refiere al lado material de nuestro bienestar: es el nivel de bienes materiales que podemos disfrutar. Por lo tanto, el nivel de vida refleja qué conjunto de viviendas, alimentos, telas, bienes de consumo, transporte y otros bienes materiales puede comprar nuestro ingreso disponible. Si agregamos dimensiones no materiales, obtenemos la noción más amplia de bienestar o calidad de vida. Esto incluye elementos como nuestra salud mental y física, la cantidad de estrés que experimentamos, la calidad de nuestras relaciones, la oportunidad que tenemos de disfrutar de nuestro barrio y el entorno circundante, oportunidades de placer estético (incluida la naturaleza), etc.

¿Cómo puede ayudarnos la filosofía moral a abordar la pregunta que planteé al principio, es decir, la pregunta de si es posible llevar una buena vida que sea a la vez justa y ecológicamente sostenible? La clave para una respuesta afirmativa a esta pregunta bien puede estar en una teoría filosófica particular para el bienestar, llamada enfoque de capacidad. Esta visión del bienestar y la libertad fue propuesta alrededor de 1980 por el economista y filósofo indio Amartya Sen. Él argumentó que al pensar en la calidad de vida de una persona, deberíamos preguntarnos si esa persona puede emprender actividades y disfrutar de estados de ser [formas de ser] que, después de reflexionar, se consideran valiosos. Sen llama a estas opciones reales el ser y el hacer nuestras capacidades. Son opciones reales u oportunidades reales, relacionadas con aquellos aspectos de nuestras vidas que se centran en nuestro estado de ser y en lo que podemos hacer de manera efectiva. Si no nos centramos en la opción u oportunidad, sino en el resultado o la realización, los llamamos funcionamientos. Por lo tanto, la verdadera oportunidad de vivir en una casa decente sería una capacidad; vivir efectivamente en una buena casa sería un funcionamiento.

Sen argumenta que la formulación de políticas y el diseño de las instituciones sociales deben centrarse principalmente en las capacidades, ya que queremos otorgar a las personas la libertad de tomar sus propias decisiones. Por lo tanto, deberíamos tener una oportunidad genuina para la educación superior, pero nadie debería ser forzado, sentirse forzado o que se le diga que debe seguir una educación superior. Hay varias buenas razones por las cuales esta puede no ser la mejor opción para algunas personas, por ejemplo, porque tienen más talentos para triunfar como artesanos o artífices, o porque se sienten obligados a continuar el trabajo en la granja en la que crecieron.

Una fortaleza importante del enfoque de capacidades y la clave para comprender cómo podemos llevar una vida mejor, que al mismo tiempo sea justa y ecológicamente sostenible, es que el enfoque de capacidades reúne las dimensiones materiales y no materiales de la calidad de vida. Éste tiene las herramientas para detener el círculo vicioso en las sociedades de consumo capitalistas actuales para resumir el bienestar al lado material de la vida. Nos invita a preguntar qué hace que nuestras vidas mejoren, en lugar de simplemente dejarnos llevar por una cultura materialista que es ecológicamente insostenible. Esto requerirá una reflexión

y una comprensión de los mecanismos en funcionamiento por qué la mayoría de nosotros siempre queremos más en términos materiales.

### ***El Papel de los Bienes Posicionales y los Bienes Simbólicos***

Hay muchas razones y mecanismos por los que muchas personas siempre quieren más bienes materiales; centrémonos aquí en dos razones importantes. Esas razones ilustrarán lo que el enfoque de capacidades puede hacer para ayudarnos a abordar la tensión que se describió anteriormente, pero también mostrará que no es suficiente simplemente con reconceptualizar la prosperidad a través de una lente de capacidades, sino que se necesitan transformaciones sociales adicionales.

El primer problema es que muchas "capacidades no materiales" relacionadas con necesidades existenciales o que tienen funciones sociales o que confieren identidad, tienen una base material. Los bienes de consumo no son meramente funcionales, sino que son los recursos simbólicos para funciones importantes "no materiales", especialmente funciones psicológicas y sociales, como el lugar de uno en una red de relaciones sociales. Si esos bienes de consumo tienen una huella ecológica significativa, entonces solo será posible persuadir a los ciudadanos para que renuncien a esos bienes de consumo si hay formas alternativas de realizar las mismas capacidades. Lo más probable es que esto requiera transformaciones sociales: tendremos que derivar los mismos valores simbólicos que permitan esos funcionamientos sociales y psicológicos de una manera ecológica.

En segundo lugar, muchos bienes materiales se denominan "bienes posicionales"; su valor depende de la distribución de ese bien en la sociedad. Por ejemplo, si todos conducen un automóvil pequeño, entonces no siento la necesidad de conducir un automóvil más grande, ya que no es peligroso conducir un automóvil pequeño (mi automóvil pequeño no se destruirá cuando choque con otro automóvil pequeño) y la diferencia tampoco puede indicar el estatus social. Pero si otras personas conducen automóviles más grandes, esto se tomará como señal de su mayor estatus social y también hará que sea menos seguro para nosotros conducir un automóvil más pequeño; por lo tanto, adaptaremos nuestras preferencias y también queremos un automóvil más grande.

La mayoría de las capacidades no son posicionales: si puedo disfrutar de una caminata en la naturaleza, no me importa si también estás de excursión esa semana. Si gozas de buena salud, no afecta lo que siento por mi mala salud. Si puedes calentar tu casa a una temperatura confortable, no es motivo para que yo quiera calentar mi casa más caliente que la tuya. Entonces, cuando pensamos en nuestro bienestar o en la calidad de nuestras vidas, debemos centrarnos en el funcionamiento y las capacidades, en lugar de centrarnos en las cosas materiales que conforman el nivel de vida. No se entiende que las cosas materiales no sean importantes, pero sólo son importantes en la medida en que sean un recurso necesario para la generación de capacidades.

### ***Un Estilo de Vida Ecológicamente Sostenible: "Más Tiempo, Menos Trabajo"***

Si nos movemos hacia un estilo de vida ecológicamente más sostenible, descubriremos que tendremos que renunciar, o al menos reducir drásticamente, algunos de los aspectos de nuestro nivel de vida. Por ejemplo, mientras no exista una tecnología que neutralice los efectos nocivos de los gases de efecto invernadero, o mientras no exista una tecnología que permita que las grandes aeronaves vuelen con energía renovable, tendremos que reducir drásticamente la cantidad de vuelos que podemos hacer. Un vuelo de regreso

Londres-San Francisco equivale aproximadamente a 1,3 toneladas equivalentes a CO<sub>2</sub> de emisiones de gases de efecto invernadero, lo que, como se deduce de los cálculos de nuestras acciones justas por Chancel y Piketty mencionados anteriormente, es igual a las emisiones totales que una persona puede hacer en un año para alimentos, vivienda, energía, uso de automóviles y todo lo demás, si dividiéramos el presupuesto restante de emisiones en partes iguales entre todos. Si acordamos que las emisiones de GEI de 1,3 toneladas por año son nuestra parte justa, tendremos que ser extremadamente selectivos en lo que "gastaremos" esas emisiones. En el sistema económico actual con su industria alimentaria, una dieta vegana equivale a 1,06 toneladas equivalentes a CO<sub>2</sub> de emisiones de gases de efecto invernadero, aumentando a 1,4 toneladas para los vegetarianos y 2,63 toneladas para aquellos que comen un promedio de 100 gramos de carne al día. Bajo las actuales circunstancias tecnológicas y organizativas, la mayor parte de nuestra parte justa ya será utilizada sólo para el consumo de alimentos. Por lo tanto, a menos que industrias enteras sean reestructuradas radicalmente para reducir esas huellas de emisiones, o hasta que ocurran milagros tecnológicos que hagan posible que los aviones vuelen con energía renovable, no tomar más de lo que nos corresponde implica que tendremos que cambiar drásticamente nuestros estilos de vida y reducir las emisiones. En otras palabras, por el momento, los estilos de vida que causan no más de 1,3 toneladas equivalentes a CO<sub>2</sub> de emisiones de gases de efecto invernadero son estilos de vida materialmente sobrios; esto parece difícil de negarse. Incluso si fuéramos más optimistas y asumiéramos que habremos hecho la transición a una economía neutral en carbono para 2050 y, por tanto, podemos gastar, por ejemplo, un promedio de 3 toneladas de emisiones por persona por año, todavía requiere una reducción significativa de las 9 toneladas actualmente gastadas en Europa, o las 20 toneladas gastadas en América del Norte.

Sin embargo, ¿implican estos estilos de vida ecológicamente sostenibles que llevaremos vidas con un bienestar inferior? No si reevaluamos las dimensiones materiales y no materiales del bienestar, y si organizamos la sociedad de diferentes maneras que cambian los requisitos materiales necesarios para ciertas capacidades. Veamos los dos problemas a su vez.

Primero, existe una amplia oportunidad para mejorar nuestra calidad de vida en las dimensiones no materiales. Esas dimensiones, como pasar tiempo con otros, invertir en las relaciones en nuestro vecindario, pasar tiempo caminando por la naturaleza, pasar más tiempo produciendo artes y practicando música, generalmente requieren menos dinero y menos recursos naturales, pero más tiempo. Por supuesto, no hay capacidades inmateriales puras: con un puñado de excepciones, todas las capacidades, incluidas las relacionadas con la afiliación y la pertenencia a una comunidad, requieren algunos recursos materiales. Aún así, hay una diferencia significativa entre el consumidor con poco tiempo que traduce la noción de darse un gusto en ir de compras para comprar cosas que realmente no necesita, excepto sentirse mejor después de haber trabajado demasiado, versus alguien con un estilo de vida más lento y ecológico que invita a un amigo a un fin de semana de senderismo. Si necesitamos bienes de consumo (ya sean libros, telas o un sofá), buscar productos de segunda mano (que no generen emisiones adicionales, en contraste con la producción de cosas nuevas), también requieren menos dinero y más tiempo.

En segundo lugar, la forma en que se organizan las sociedades debe permitir a las personas llevar vidas con una huella ecológica más pequeña. Por ejemplo, los países donde los gobiernos han invertido masivamente en infraestructura para bicicletas (como Dinamarca o los Países Bajos) están haciendo que sea mucho más atractivo para los ciudadanos ir en bicicleta a la escuela o al trabajo. Del mismo modo, los países en los que el gobierno local garantiza la instalación de un cargador eléctrico si un residente indica que cambiará de un automóvil que usa combustible fósil a un automóvil eléctrico, elimina un obstáculo muy importante para

los consumidores que desean conducir mientras minimizan las emisiones. La misma capacidad (en el ejemplo actual: ser móvil) se puede realizar con muchas funciones diferentes (ciclismo, uso de trenes o autobuses, conducir un automóvil con gasolina o más bien con electricidad), y diferentes funciones corresponden a una base material diferente. Esto es lo que Martha Nussbaum ha llamado la "capacidad de realización múltiple" del enfoque de capacidad: una misma capacidad que reconocemos como importante para los ciudadanos, se puede realizar de muchas maneras diferentes. Dicho de manera algo más técnica, cada capacidad se puede realizar a través de muchos funcionamientos diferentes, y esos funcionamientos probablemente tendrán diferentes huellas ecológicas. Por lo tanto, el desafío para avanzar en la prosperidad sostenible entendida a través del lente de las capacidades implicará en parte facilitar y elegir aquellos funcionamientos que tienen las huellas ecológicas más bajas. Tengamos en cuenta que no es simplemente el gobierno el que está desempeñando un papel habilitador aquí; las empresas y organizaciones también pueden habilitar funciones "más ecológicas" o desalentar las funciones que son ecológicamente más perjudiciales, al mismo tiempo que mantienen las mismas capacidades disponibles para todos.

En resumen, la visión que emerge es aquella en la que las capacidades no materiales se vuelven más centrales en nuestras acciones y en la forma en que (individual y colectivamente) pensamos sobre la buena vida, y por lo que se hace más fácil elegir funciones con una huella ecológica limitada para alcanzar la misma capacidad. Tal visión y tal transición social serían atractivas para muchas personas que actualmente sufren la cultura materialista de alta presión que viene con el capitalismo contemporáneo. Por ejemplo, hay una gran cantidad de adultos que sufren síntomas de agotamiento. A muchos padres de niños pequeños les gustaría pasar más tiempo con ellos, pero la estructura de los trabajos ofrecidos hace que esos trabajos tengan una gran penalización por trabajar a tiempo parcial, o bien obligan a los padres a elegir entre un trabajo remunerado o el cuidado familiar. Hay visiones posibles de la forma en que estructuramos la economía y las instituciones sociales que le darían a las personas más tiempo (y, por lo tanto, más de las capacidades no materiales), a expensas de menos ingresos laborales (y, por tanto, menos de las capacidades materiales, que están causando la insostenibilidad ecológica). Pero es muy difícil, dadas las estructuras sociales, que una sola persona o familia tome esa decisión; requeriría que toda la sociedad se mueva a otro equilibrio social.

### ***Revisando el "Reclamo de Misma Moral": ¿Recursos Ecológicos o Mismas Capacidades?***

Ahora podemos volver a considerar la afirmación anterior de que, por defecto, todos deberían tener el mismo derecho moral a la misma cantidad de recursos naturales. Pero si lo que cuenta son las capacidades de las personas, ¿no deberíamos asegurarnos de que todos tengan las mismas capacidades, o quizás funcionamientos, y por lo tanto esto puede implicar que algunos deberían tener más recursos naturales que otros?

Ciertamente es cierto que el enfoque de la capacidad ha abogado por distribuciones desiguales de los recursos (económicos) si esto es necesario para asegurarse de que las personas tengan las mismas capacidades. El caso paradigmático es una persona con discapacidad, trastorno mental o enfermedad: a menudo necesitan más recursos financieros para poder pagar los bienes adicionales o la ayuda que necesitan para asegurar capacidades similares, v.gr. para pagar una silla de ruedas, medicamentos, terapia. Pero, ¿cómo se traduciría esta visión básica del enfoque de capacidad de que diferentes personas necesitan diferentes tipos y cantidades de recursos para tener las mismas capacidades para el caso de los recursos ecológicos y las cuestiones de sostenibilidad ecológica?

Puede ser necesario hacer una distinción entre recursos ecológicos adicionales que son necesarios de una manera inevitable y más allá del control de aquellos que necesitan los recursos adicionales. Pensemos en la necesidad de los residentes de las áreas de un delta de los recursos necesarios para construir infraestructura adicional para proteger a esos residentes contra el aumento del nivel del mar. O pensemos en las necesidades de los residentes de áreas muy cálidas de los recursos necesarios para hacer frente al calor extremo. Todos deberían tener acceso a la capacidad de vivir en un área protegida contra riesgos de inundaciones severas, y todos deberían tener acceso a la capacidad de no tener que vivir en condiciones de calor extremo.

Empero, no se deduce que esto implique que cualquier cantidad de recursos ecológicos adicionales que un grupo solicite, también tendrían derecho moral a ello. Se podría decir que, dado que tantos países aún se encuentran en niveles de desarrollo económico medio bajo, los recursos ecológicos serán extremadamente escasos a nivel mundial hasta que se materialicen los milagros tecnológicos; de aquí que es plausible argumentar que todos tienen el deber de realizar sus capacidades deseadas de una manera que tenga el impacto más bajo (o en cualquier caso muy bajo) en los ecosistemas. De aquí que, si es posible garantizar la capacidad de no tener que vivir en condiciones de calor extremo de manera que no requiera aire acondicionado que emite CO<sub>2</sub>, v.gr. al renovar la vivienda, esta puede ser una mejor manera de realizar este funcionamiento.

Por ello, los países ricos no pueden afirmar que se les debe dar un mayor porcentaje de emisiones debido a la afirmación de que la realización de algunas capacidades requiere más recursos ecológicos en los países ricos que en los países pobres. Sólo si estas emisiones adicionales (u otros recursos naturales) son inevitables para la realización de una determinada capacidad, podría hacerse tal afirmación, pero primero se deben buscar diferentes bases materiales para las mismas capacidades. En todo caso, los países con bajos niveles de desarrollo económico en la actualidad, que hasta ahora han emitido muy poco, pueden argumentar que deberían recibir una mayor parte del presupuesto global de emisiones, ya que los países ricos ya han construido sus industrias e infraestructuras, mientras ellos no. En consecuencia, para los residentes de los países ricos, ciertamente no existe un argumento sólido para afirmar que deberían tener derecho a mayores presupuestos de emisiones; en todo caso, más bien lo contrario. Los cambios requeridos en los patrones de consumo y estilos de vida son realmente importantes y urgentes.

### *¿Y Qué Hay de los Pobres?*

Una objeción obvia a la visión "más tiempo, menos trabajo" esbozada anteriormente es que esto puede estar bien para la clase media alta y los ricos, pero inviable para los pobres y la clase media baja, ya que necesitan sus ingresos del trabajo remunerado para mantenerse fuera de la pobreza. Esta es una objeción importante. Por lo que parece ser que el escenario de "más tiempo, menos trabajo" sólo es posible cuando implica una estrategia efectiva contra la pobreza. Sin esa estrategia, es un insulto decirle a los trabajadores pobres que prosperarán más si trabajan menos y pasan más tiempo con su familia y amigos. Eso sólo es cierto después de que se asegura un cierto nivel de vida mínimo (las capacidades materiales).

Es difícil ver cómo se puede alcanzar el cambio a la prosperidad sostenible sin abordar las desigualdades en riqueza e ingresos. La riqueza de las personas más ricas que se gasta en artículos de lujo no sirve a ninguna capacidad básica, pero es probable que cree un daño ecológico excesivo, v.gr. al tener un jet privado o al tener una casa enorme que necesita ser calentada. Se podría argumentar que por encima de cierto umbral, no hay pérdida de bienestar al gravar ese 'dinero excedente', pero que redistribuirlo efectivamente a los más desfavorecidos crearía una ganancia significativa en su calidad de vida, al igual que invertirlo en las

intervenciones efectivas para mejorar la sostenibilidad ecológica harían que nuestros estilos de vida colectivos fueran menos injustos y menos dañinos. Además, el rango entre salarios mínimos y máximos debería disminuir, de modo que sea posible obtener un ingreso decente de la mano de obra, al tiempo que se tiene suficiente tiempo para disfrutar de las capacidades no materiales y poder recolectar los productos de una manera de ecológica, p. ej. mediante el uso de un automóvil con propiedad compartida o transporte público, modos de transporte que también requieren más tiempo.

### ***¿Cómo Hacer la Transición a Estilos de Vida Ecológicamente Sostenibles?***

Entonces, ¿dónde estamos en nuestra búsqueda para responder la pregunta de si es posible llevar una buena vida que también sea justa y ecológicamente sostenible? Hemos visto que la tensión entre los estilos de vida ecológicamente sostenibles (que son una obligación moral ya que de lo contrario dañarían a los demás) y los estilos de vida materialistas son reales, pero que esta tensión puede debilitarse significativamente si utilizamos otra noción de prosperidad, a saber, la prosperidad en términos de capacidades, con un fuerte enfoque en las capacidades no materiales. Si bien el debate y la discusión son muy importantes, también se argumentó que para la transición necesaria hacia estilos de vida ecológicamente sostenibles, el razonamiento moral por sí solo no será muy efectivo. Entonces, si las campañas de información de los gobiernos, el razonamiento moral de los filósofos o la predicación de los líderes religiosos no serán suficientes para cambiar nuestro comportamiento, ¿cómo haremos entonces la transición a estilos de vida sostenibles? Esta pregunta es demasiado grande para responder aquí, pero comencemos analizando algunas posibilidades: instituciones que están cambiando los incentivos; cambio de hábitos y normas sociales; cambio tecnológico y acción colectiva.

En el área del cambio de estilo de vida, el comportamiento humano responde a incentivos, mucho más que a principios y razones morales. Por ejemplo, podemos predicar que tenemos que consumir o usar menos combustibles fósiles, carne o plástico, pero es mucho más efectivo aumentar los impuestos para dirigir nuestro comportamiento hacia el consumo de bienes más ecológicamente sostenibles.

Otro elemento importante es el cambio tecnológico, como el desarrollo de alternativas de buen gusto para la carne que tienen un bajo impacto ecológico, o desarrollos que resultaron en una mayor eficiencia de los paneles solares. Algunos conductores que regularmente conducen largas distancias en este momento descartan un automóvil eléctrico ya que el radio es demasiado pequeño; pero las nuevas tecnologías pueden cambiar eso en el futuro.

La tercera posibilidad es establecer estructuras e iniciativas que seduzcan a las personas para probar un aspecto de un nuevo estilo de vida, sin tener que comprometerse por completo desde el principio. Si queremos cambiar un hábito, no deberíamos intentar hacer un cambio drástico, sino dar un primer paso, y si ese paso se da, para aumentar el umbral donde uno pone el desafío. Los cambios en los hábitos se parecen al proceso de subir escaleras, paso a paso, en lugar de tomar un elevador, donde uno se mueve sin esfuerzo hacia el objetivo final de una sola vez. Alguien que es un amante de la carne, muy pocas veces logrará convertirse en vegetariano de la noche a la mañana; pero si puede ser seducido para probar una comida vegetariana una vez a la semana, puede que le guste y luego se convierta en un flexiblista, lo que debería reducir significativamente las emisiones de gases de efecto invernadero de su consumo de alimentos. En términos más generales, avanzar hacia un estilo de vida más sostenible requiere que cambiemos algunos hábitos, así como las normas sociales, y ambos a menudo no cambian al cambiar las leyes, sino a través de

la discusión colectiva en combinación con el cambio de nuestras creencias, así como mediante el uso de narrativas que expresan esperanza y nos motivan y alientan nuestro cambio de hábitos.

Existe un gran potencial para que los productores, las empresas sociales y las organizaciones de la sociedad civil contribuyan a este cambio. Por ejemplo, algunos fabricantes de automóviles han presentado pantallas que premian a los conductores con una sonrisa si conducen un automóvil de manera que minimice el consumo de combustible. En los Países Bajos, Urgenda (una organización-red de individuos, empresas y organizaciones que trabajan a la vanguardia de la sostenibilidad ecológica) llevó al gobierno holandés a los tribunales para presionar al gobierno a que elabore un plan efectivo para la protección de nuestro clima. De aquí que si preguntamos quiénes son los actores del cambio en la transición hacia una sociedad ecológicamente sostenible, la respuesta no debería ser simplemente "el gobierno", sino más bien "cualquiera que pueda contribuir a un cambio efectivo". En teoría, uno puede presentar argumentos de por qué el gobierno debería tomar la iniciativa, por ejemplo, porque la sobrepesca y las emisiones excesivas son problemas de acción colectiva que solo pueden resolverse si una parte externa impone una limitación coercitiva a nuestras acciones. Pero en las situaciones reales en que los gobiernos están haciendo muy poco, demasiado tarde, las obligaciones de actuar recaen sobre cualquiera que esté en condiciones de hacer una contribución sin un costo personal excesivo.

Estas medidas deberían hacer que sea mucho menos oneroso para las personas y las familias que desean cambiar sus estilos de vida ser más ecológicamente sostenibles. Sin embargo, los cambios económicos que se necesitan, en particular la protección de los pobres—para quienes estos estilos de vida ecológicamente sostenibles están ahora fuera del alcance—requieren cambios en las instituciones que determinan la distribución del ingreso y la riqueza. Una forma de equidad económica mínima, como no explotar a los trabajadores al exigir que trabajen horas extras sistemáticamente, o pagarles a los trabajadores lo suficiente para que puedan cambiar a estilos de vida que requieren más tiempo fuera del trabajo, puede ser entonces una condición previa para hacer la ruta a la prosperidad sostenible posible. O esto requiere medidas drásticas para reducir las desigualdades económicas, como las propuestas por el fallecido economista de bienestar Tony Atkinson, o bien esto requiere un replanteamiento radical de cómo distribuimos los bienes materiales que nos proporcionan nuestras economías capitalistas, al introducir una alternativa más redistributiva al estado de bienestar actual, como un ingreso básico. De cualquier manera, está claro que pensar en una prosperidad sostenible no puede separarse de pensar en desigualdades e injusticias económicas.

En este proceso, la filosofía moral puede ayudarnos a aclarar cómo damos por sentadas ciertas ideas sobre el bienestar y la calidad de vida, y cómo estas ideas dominantes están impidiendo las transiciones ecológicas que se necesitan y qué alternativas hay. La filosofía moral también puede ayudarnos a evaluar las afirmaciones de que algunas personas o países pueden aportar una mayor parte de los escasos recursos comunes. Y la filosofía moral les mostrará un espejo a aquellos que están tratando de escapar de sus responsabilidades morales ofreciendo racionalizaciones del statu quo. Por ello, las ciencias sociales y del comportamiento, que pueden ayudarnos a rediseñar las instituciones sociales, los incentivos y nuestros hábitos, deben colaborar con la filosofía moral en el proyecto común para ayudarnos a vivir vidas que sean buenas, justas y sostenibles.